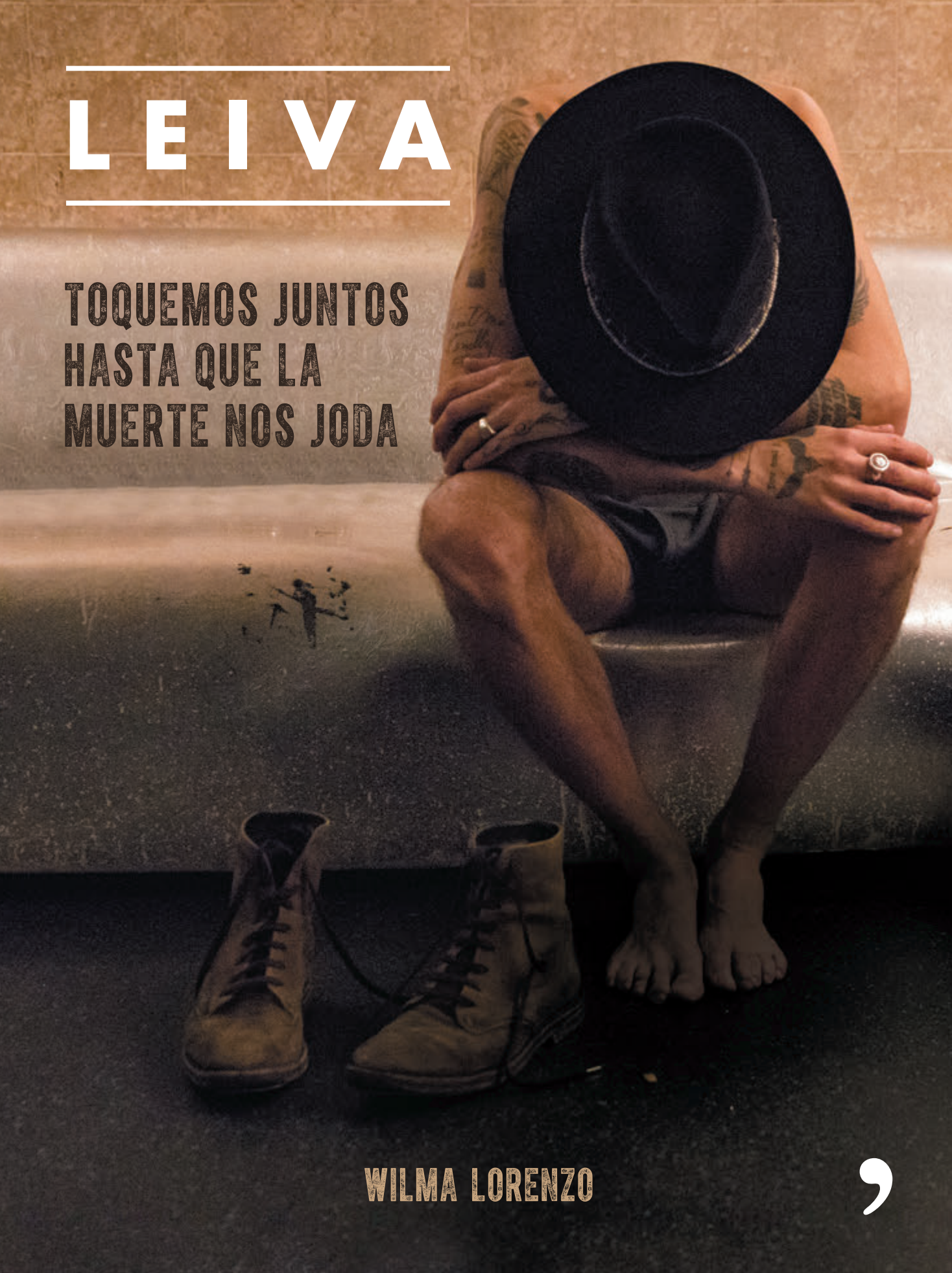
LEIVA

TOQUEMOS JUNTOS HASTA QUE LA MUERTE NOS JODA



WILMA LORENZO

toquemos juntos hasta que la muerte nos joda.

Wilma Lorenzo

Prólogo de Leiva

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloroy está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Wilma Lorenzo, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018

Fotografías de interior: © Wilma Lorenzo
Diseño de interiores: María Pitironte
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Wilma Lorenzo

Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona
www.temasdehoy.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9998-647-0
Depósito legal: 5.986-2018
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

contenido

prólogo. 9

prefacio. 11

monstruos, primer asalto. 14

doble vida. Gira y Sabina. 32

gira de invierno. 46

diciembre. Que no acabe nunca. 62

el Palacio. 80

volver a la carretera. 98

festivales. 120

México. 146

gira de verano. 164

el tiempo que se escapa. 196

20 días fuera de casa. 220

el Último Incendio. 240

Madrid

monstruos, primer asalto.

Granada — Murcia

«tenemos que hacernos una foto
de banda. De primer día».

BIGTONE
BIGTONE
Marshall
Marshall
Marshall
Marshall

Último fin de semana de octubre. Comienzo de gira. El cuentakilómetros y las horas de furgoneta se ponen a cero. Hoteles, gasolineras, peajes, bares de carretera; y más hoteles, gasolineras, peajes y bares de carretera. Comienza el bucle de diferente desarrollo, la rutina impredecible, el abecé de una gira; comienza la vida. Aquella para la que Leiva nació hasta tal punto que no entiende cómo sería vivir de otra manera.

Leiva y la Leiband. Separar con una conjunción estos dos nombres propios parece un crimen cuando nunca dos funcionaron tan bien como uno. Familia. Reencuentro. La inequívoca sensación de vuelta a casa. Complicidad en las ganas, complicidad en los nervios. Responsabilidad, adrenalina. Seriedad, misterio. Los rituales de cada uno. Algunos nuevamente adquiridos. Revisar todo dos veces y al rato, volverlo a revisar. El mayor estrés, comprobar que todo está en calma. Que no hay nada por rematar, que lo tenemos. Que es cuestión de horas subirse al escenario y convertir en realidad el sueño.

Toca aclimatarse. Nuevos temas, nuevos rostros. Y los de siempre.

Juancho, César Pop, Tuli, Gato Charro, Luismi, Manolo y Niño Bruno.

Comienza la gira.

El directo de Monstruos nace el 28 de octubre de 2016. Leiva se encontró con la banda dos días antes. Ensayos en Baeza y un día off en Granada. No lo suelen hacer, pero el inicio de gira requería ese homenaje. Él sabe bien cuidar del grupo, fortalecer su relación en cada gira; escucha y adivina las necesidades de unos y otros; no deja que la energía se caiga. Yo llegué el mismo día del estreno. La prueba de sonido era a las 16:30. Me esperaba Paz Vila, nueva responsable de Leiva en Sony. Me presentó a Fede, road manager, también nuevo. Caras sonrientes y emoción contenida. Para los tres aquel era el comienzo de algo importante.

El Palacio de Congresos vacío. Se veía enorme. La banda estaba probando. Alex Tapia a los mandos de la mesa de sonido. Sería algo puntual. El habitual técnico de Leiva, Ángel Martos, estaba de gira con Calamaro ese fin de semana. Saludo a Juancho y a César Pop, al resto aún no les conozco. Alex, Xavi y Malca, backliners, están pendientes de cada detalle. Serios, concentrados. La banda improvisa, llega Leiva. Contemplativo se detiene frente a su banda. Aguarda unos minutos en silencio. Se gira:

«Luego hablamos de todo, ¿vale? Estoy un poco enfermo».

Hoy sé que en realidad estaba nervioso. Extremadamente serio, recorría lentamente con la mirada cada esquina del escenario. Su cabeza parecía ir a toda velocidad. Transmitía seguridad. Leiva es una de esas personas que cuando dice que algo está bien, el resto se relaja con la tranquilidad de que es así. Y viceversa. Su templanza convive con el perfeccionismo y se pelea con la inquietud de buscar siempre algo que mejorar. Cuando vi cómo cada miembro de la banda le miraba buscando en él esa afirmación visual, entendí que aquello funcionaba.

La escenografía era muy potente, presumía de una marcada personalidad aún con las luces apagadas. Dotaba identidad propia al show. Los paneles eran flexos gigantes comprados en China y traídos en barco durante meses. Flexos que a partir de ese día pasarían a llamarse cacerolas. Cacerolas que al terminar la gira todos echaríamos de menos.

Con el final de la prueba llegaron las presentaciones, prisas y furgoneta. Me subo con ellos, siento que me han invitado a su casa. «Paz, sube tú también, cabemos todos».

De camino al hotel los nervios aflojan. Leiva nos pone una canción de Rival Sons que acaba de descubrir. Esa canción nos acompañará toda la gira —Luismi se encargará de ello en cada camerino de cada ciudad—. La furgoneta va hasta arriba: «Aquí hemos llegado a entrar veinte personas de pie, bailando. Es peligroso que sea tan grande, incita al mal».

A las 21:00 estamos de nuevo en el recinto. Siempre una hora antes del bolo. Cenan todos menos Leiva, que intercala infusión de tomillo con tequila. Niño Bruno se sienta apartado con las baquetas; Tuli y Pacheco se van a calentar; Pop grita de puro nervio; Manolo observa de pie con una copa de vino; Luismi pone música y prepara chupitos para todos; Leiva coge su acústica y pasea; y entonces, Juancho entona los coros de "El Último Incendio": «Diez segundos más». Estos serán los preliminares de cada concierto de la gira Monstruos. Brindis y manos al centro; sintonía y entrada; Leiva, el último en salir. Primer acorde y todo el Palacio de Congresos de Granada en pie. Se gira y mira a la banda, todos se buscan, sonríen. Reencuentro en el escenario. Sus siluetas se dibujan sobre rojos y azules; en el centro un tipo flaco con sombrero que se dobla hasta rozar el suelo y apunta al público con su guitarra; recorre el escenario compartiendo emoción con cada uno de sus músicos y aún le queda tiempo para comprobar que ya está, que han vuelto, que todo marcha. Primer show de Monstruos.

«¿Se notó la afonía?, ¿gustó "Breaking Bad"?, ¿debería quitar "Afuera en la ciudad"?, ¿qué tal las luces? Me quiero emborrachar como un piojo, pero tengo que descansar para mañana».

La primera noche de muchas. Y en teoría solo iban a ser algunas: el inicio de gira, las ciudades más importantes, los conciertos especiales… No estaba definido cómo íbamos a trabajar, estaba planificada mi vuelta al día siguiente, pero me resultó imposible volver a Madrid. Imposible desentenderme. Sabía lo que quería como nunca antes lo había sabido. Una mezcla de intuición y seguridad: yo tengo que estar aquí, este es mi sitio.

«¿Conocéis todos a Wilma? Juega en nuestro equipo, fichaje nuevo. Cuidadla a morir. Tú siéntete libre. Ya eres una más. Vienes mañana a Córdoba, ¿no?». Claro que sí. No habíamos hablado de trabajo aún, no habíamos tenido tiempo de sentarnos. Y cuando lo hicimos nuestra charla se redujo a «quiero trabajar contigo» y «yo contigo también». Y sin definir el trabajo, comenzamos a trabajar.

No hubo resaca de las que te destrozan la cabeza; pero sí de esas que pesan en el cuerpo y aceleran el pulso. Agujetas emocionales después de correr un maratón de adrenalina. En Córdoba tocaba rematar. Venían Paco y Cris de Attraction; Blanca y Gonzalo de Sony; Dani Martín, a última hora, cogió el coche y se sumó. Pasamos la comida viendo fotos y vídeos del día anterior. Dando vueltas al repertorio y a la dinámica del concierto, a la vez que, en palabras de Lei, «vivíamos un gran momento gastronómico» protagonizado por un rico salmorejo.

La primera víctima de la gira fue Fede.

Leiva: Oye, Fede… Esta noche viene al concierto Pedro Sánchez. Ya sabes, es un momento delicado. Guardaespaldas. Todo eso. Y nadie puede enterarse de que está, ¿vale? Ponle en lista como Marcelo. Nos conocemos por Pop, son colegas.

Pop: Sí. De hecho escribimos juntos. El último lema del PSOE salió de una idea mía para una canción.

Segundo día. Fede, novato, se lo creyó. Después de la prueba de sonido tuvimos que frenarle antes de que pusiera a todo el recinto en alerta máxima. La naturaleza de estas bromas te sitúa inevitablemente como cómplice o víctima; según lo despierto que estés ese día.

Esa segunda noche reconocí uno de los rituales de Leiva. Como el día anterior, cogió su acústica para pasear a solas con ella. Es como si necesitaran un momento de intimidad, la guitarra y él. Un tú a tú con el que tejer una red de seguridad antes de saltar al vacío. Me gustó comprobar esa pizca de inquietud, me pareció un signo de vida, de humanidad. «Se sigue emocionando», pensé.

El primer fin de semana fue redondo. El show funcionaba, el repertorio funcionaba, la escenografía funcionaba, la banda estaba de diez. Leiva pensaba de más, buscaba los peros. No quería conformarse, pero en el fondo estaba contento. Era la primera vez que las canciones de Monstruos abandonaban la primera persona y ya en el arranque, miles de voces se adueñaron de ellas y juntas compartieron emoción.

También era el primer domingo de sensación de vuelta y nostalgia. Desayunando hablamos de ello. De lo que significa estar en casa, que vivir de gira implica estar siempre con la gente que quieres, pero cambiando de localización. Que casa no es un lugar, sino todos aquellos lugares en los que estés con las personas adecuadas. También hablamos de los hoteles AC. De los cafés tóxicos de cápsulas que producen cáncer. De la comida sana. De salir a correr. De mudarse y guardar cajas sin echar de menos su interior. De nuestras familias. De no tener pueblo. De lo que estaba pasando en el PSOE. De lo afortunados que somos. Esa primera mañana de domingo construimos la base.

Ochenta y siete ciudades. Seis países. Infinitos kilómetros. Furgoneta, avión, tren, ferry, coche. Incluso unos días en barco. Monstruos ha sido un medio de transporte, la llave de cada habitación de hotel que todos somos capaces de perder en una hora y que sin embargo aparece semanas después en cualquier bolsillo o en el fondo de la mochila. En este año la mayor parte de nuestro tiempo lo hemos pasado entre ciudades. Mirando por la ventana repetirse los paisajes, comprando cualquier alimento vacío en cualquier gasolinera; cogiendo la postura en el asiento y preguntando cuánto queda. Y sin embargo, qué vidilla compartir caras de sueño a primera hora del viernes cuando Manolo nos recoge en la Alameda.

La primera vez que viajé en la furgoneta con todos fue de camino a Valencia. Leiva salía más tarde, yo ocupaba su lugar. Me gustó ver cómo cada cual tiene su sitio y cómo, sin embargo, nadie evitó que yo escogiera el mío. Me senté al fondo, en el asiento de la izquierda; al lado de Tuli y Pacheco; el sitio de Juancho, que por supuesto, no me dijo nada hasta semanas después. En todo caso, nunca volvió a ser suyo si yo viajaba con ellos.

Ya ese día reconocí el patrón de carretera. Es sencillo: Luismi en el asiento de copiloto, manejando el equipo de música —reggae hasta que alguien se queja en alto porque no puede soportarlo más—, en comunicación telefónica constante con Fede —por dónde vamos, dónde comemos, cuándo paramos— y siempre atento a llevar la nevera llena, comprar pan de pueblo, traer fruta y un táper con taquitos de queso o jamón. La base rítmica, Manolo y Bruno, se sientan en primera fila; los dos van en su mundo. Estudian, leen, ven alguna serie; por lo general no interactúan con los demás ni entre ellos, pero cuando lo hacen, es para aportar una frase excepcional relacionada con el tema sobre el que estemos discutiendo, de manera absurda, al fondo. Habitualmente política, tecnología y redes sociales, o el funcionamiento de las relaciones entre hombres y mujeres. El siguiente tramo lo suelen ocupar Pop y Juancho. El primero hace una de estas tres cosas: leer y compartir fragmentos con el resto de cuando en cuando; escuchar música y abstraerse hasta mover la cabeza con frenesí; dormir profundamente y asegurar que él nunca se duerme en carretera. En algún momento se enganchó a los SimCity, pero siempre entendimos eso como una excepción. Juancho se pasa el viaje yendo y viniendo al asiento de copiloto para poder fumar. Y a la vez Luismi se inventa excusas para no tener que ceder el asiento. El resto del tiempo lo pasa viendo series y películas; jugando al solitario o hablando con Paco Attraction e intentando hacer viable su doble vida preparando el próximo trabajo de Sidecars. Al fondo, en la fila de tres; Pacheco, Tuli y yo. Pacheco nada más llegar suele quedarse frito. Escuchando a Extremoduro, El Canijo o Makandé. El resto del viaje lo pasa hablando o jugando al póker en el móvil. Siempre con su botella grande de agua y sin haber desayunado. Tuli lleva encima el ordenador; y con él organiza su vida en un Excel —ese rato en el que Pache y yo dormimos—; y nos trae semanalmente vídeos y fotos históricas de cuando ni existía Pereza. Nos descubre juegos de palabras, trucos de magia; hasta fabrica mesas de póker que luego usamos solo una vez. Controla el mundo desde su asiento central y, además, es el único que puede estirar las piernas.

Leiva probablemente sea el que más sufre la furgoneta. Durante un viaje reúne en su persona lo que hacemos de forma individual todos los demás. Empieza a ver una serie, la para. Se da la vuelta, nos pregunta si hemos visto esa serie. Deja el iPad, coge el móvil. Escucha música. Nos recomienda una canción. Deja de escuchar música. Mira hacia atrás, me pregunta por temas que tenemos pendientes. Que si Sony esto, que si el disco de Sabina lo otro; qué pasa con el clip, cuándo sale a la venta en México. Hablamos hasta que se marea —no puede hablar mirando hacia atrás—, pide a Tuli que le cambie el sitio. Se sienta a mi lado. «Enséñame fotos, Wils». Vemos fotos, vemos vídeos. «Qué bien ha quedado el escenario, ¿no? Estoy contento». Se marea, dejamos de ver fotos, dejamos de ver vídeos. «Oye Manolo, ¿desde cuándo Murcia está tan lejos?». Pregunta si alguien tiene agua. Pacheco le da agua. «Llevamos dos años pidiendo una pantalla en la rula». Y entonces, la frase: «Si tuviéramos una pantalla ahora mismo estaríamos viendo un documental increíble o Anvil. Tenemos que ver Anvil en la furgo». Rara vez se duerme y si lo hace apenas son diez minutos. Responde mails, llama a Paco, escribe a Fede. Le surgen mil preguntas, genera mil ideas, comparte mil historias. Su cabeza nunca para, avanza al mismo ritmo que el cuentakilómetros. Para cuando te quieres dar cuenta, hemos llegado. Se levanta, coge sus cosas, se deja el móvil en el asiento.

Pensar en los conciertos de Valencia y Murcia se traduce en rememorar calor, sudor y contacto. Veníamos de dos auditorios, tocaba estrenarse en sala, el verdadero hábitat de Leiva. La energía fue distinta, eléctrica; cercanía y conexión brutal. Influye la confianza de haber superado la primera prueba del estreno; y aunque el público, en número, era el mismo, la complicidad y la dinámica del show fueron distintas. Todos regresaríamos muy satisfechos de ese viaje. Satisfechos y cansados, porque a la vez, estas dos ciudades supusieron conocer una nueva cara del after show que nada tenía que ver con lo conocido hasta entonces.

Valencia se convirtió en la primera de las numerosas veces que Iván Ferreiro nos ha acompañado en esta gira. Presentaba *Casa* en el FNAC y llegó con Amaro a mitad de bolo.

> Iván: «Enfrente de ti, detrás de César. Mira :)»
> 4-11-2016 23:38

Al otro lado del escenario, los Ferreiro entre la multitud. Y vaya si era una multitud. Solo me atreví a salir en una ocasión para regresar al backstage igual de desaliñada que cuando llegaba a casa con quince años después de ir a un concierto gratuito de Reincidentes. Y en cierto modo me gustó volver a vivir esa sensación pegajosa de concierto de rock; la percepción de que si pegas un salto cabe la posibilidad de que la presión no te deje volver a tocar el suelo.

En consecuencia, el cartel de NO FUMAR que siempre preside el camerino de Leiva fue ignorado. Cuarto abarrotado, ambiente concentrado, aire de perversión; conversaciones que se cruzan, miradas que se comparten. El volumen no hacía más que subir y competir con el altavoz de Luismi y sus greatest hits en bucle.

En aquel camerino de comodidad cuestionable se sucedieron los relatos de cómo Pop conoció a Leiva y a Tuli. «¿Sabes el típico fan que va a todos los bolos de su ciudad? Ese era Pop. Siempre venía a los bolos de Pereza en Asturias». Cada fin de semana he ido sumando historias del pasado que han configurado mi presente, nuestro presente. Todos se conocen desde hace siglos; son familia. Han compartido experiencias de intensidad límite de las que me han hecho partícipe en diferido. Cuando uno sobrevive a ciertos momentos nunca olvida la compañía, y estar de gira es en cierto modo sobrevivir. Sobrevivir al vaivén emocional y entender un modo de vida basado en instantes que tienen lugar en extremos opuestos. Hacer propios los triunfos y miserias del otro; que la convivencia cree personas transparentes, que si no hablan con palabras lo hacen con su rostro. Nadie escapa a la sinceridad estando de gira.

03:30 de la mañana, no queda bebida y el camerino no hace más que sumar inquilinos. Todos miramos a Leiva, tanteamos a Fede… Quedamos los de siempre: Tuli, Luismi, Pacheco, Juancho, Pop, Leiva y yo. Manolo y Bruno llevarán horas en el hotel tras

irse en ese primer viaje que todos hemos aprovechado al menos una vez. El segundo viaje es el definitivo. La despedida suele alargarse en el tiempo y a la vez es abrupta. Cuando llega el «nos vamos» no hay más que decir. Nos vamos. Pero a aquella noche valenciana todavía le quedaba vida. Ocurrió algo que me pregunté si sería lo habitual, para en las semanas posteriores descubrir que no. Una mujer que, a lo largo de toda la noche, fue compartiendo su vida con cada uno de nosotros de forma individual; llegado el momento en el que todos escapábamos sutilmente de su conversación y bien acompañada por su amiga la ginebra, decidió que no había nada más que hablar, y de una, se bajó pantalones y ropa interior, saludó como si de un ejercicio de gimnasia rítmica se tratara y se vistió. Fue todo muy ágil y muy rápido; y sin mediar palabra, se marchó. A la vez Fede nos empujaba para irnos: la furgoneta ya estaba en la puerta, había mucha gente esperando para hacerse fotos y teníamos que salir corriendo. Nadie comentó ese pico de surrealismo hasta que, estando todos sentados y después de cerrar de un portazo la furgoneta, sin decir nada, rompimos a reír.

Lo que sucedió después permanece grabado a fuego en mi memoria. Dudo que a día de hoy ellos sepan el regalo que me hicieron. Camino del hotel, después del ataque de risa, nos desinflamos y nos apoyamos los unos sobre los otros sumidos en el cansancio de horas en pie y camerino a cuarenta grados. Ya ni hablábamos. Luismi conecta su móvil a los altavoces y pone "Los aburridos" de Calle 13. Suena cinco segundos e ipso facto todos se ponen de pie a la vez: «Mira los aburridos, BUUUH, con los pies deprimidos, BUUUH…». Cantan a voz en grito, bailan por la furgoneta, golpean techo y cristales, saltan de asiento en asiento, se cuelgan, se abrazan. Fue como si alguien hubiera apretado el botón de encendido. Pura magia.

El día siguiente Murcia se convirtió en los bises de Valencia. Comenzamos la noche grabando un vídeo de agradecimiento por los cien mil seguidores de Leiva en Facebook. «¿Eso son muchos, Wils?». Entraba gente de producción al camerino y nos miraba sin entender: Juancho caminando hacia una pared, Luismi y Bruno jugando a las palmas, Manolo pintándose los labios… y Leiva pululando entre todos ellos en calzoncillos. Lo repetimos varias veces, no muchas; las risas nos duraron toda la noche. Fue uno de esos momentos de todos a una que tantas veces se daría durante la gira. Días de mood compartido. Y claro, la vuelta a Madrid fue dura.

En la Alameda cogí el metro con Niño Bruno. Descubrí que él es más de uno contra uno; de la conversación a dos. Y hablando del comienzo de gira me dijo sin titubear: «Leiva se va a convertir en algo grande. Esto solo es el principio». Me pregunté si alguna vez se lo diría a él.

Al llegar a casa me puse a escuchar Calle 13.

MONSTRUC

Córdoba. No nos conocíamos.
Tensión y tacto; prudencia e ilusión.
Primerizos a ambos lados de la cámara.

Granada.
Ritual y reencuentro.
La primera foto de la Leiband.
Cuando aún no sabíamos lo que venía.

Concentración. Revisar cada detalle.
Caminar sin hacer ruido, ser invisible.
Todos atentos a Leiva.

monstruos, primer asalto.

Primera salida a escena.
Grito de guerra, sintonía y fuera.
Bienvenida, gira Monstruos.

Valencia. Escalera al cielo.
Calor de camerino.
La noche que sonó Calle 13.

monstruos, primer asalto.